

de Alba
esús, Santa

Elve a escribir esa de Jesús

Carmelitas Descalzas. San José de Ávila

Carmelitas Descalzas
San José de Ávila

Vuelve a escribir

Tereza de Jesus



 Institución Gran Duque de Alba

ISBN: 978-84-15038-53-5

Depósito Legal: AV-117-2014

Imprime: Rigorma Gráfica, S.A.

DEDICATORIA

A nuestra Santa Madre, Teresa de Jesús,
con amor filial en el V Centenario
de su nacimiento.

ÍNDICE

Presentación.....	7
Los años de mi infancia y juventud.....	10
En La Encarnación de Ávila.....	18
San José de Ávila.....	28
La visita del Padre Rubeo.....	32
Fray Juan de la Cruz.....	33
La aventura de las fundaciones.....	36
Mis escritos.....	50
Mis últimos días.....	53

PRESENTACIÓN

Estamos ante una preciosa joya literaria. Las páginas de este libro destilan un aroma teresiano fino y penetrante. La pluma hábil, sencilla y densa de estas monjitas humildes, alegres y vivaces se eleva y nos trae de nuevo el eco de la mística doctora. Es otra autobiografía de la Santa, escrita con un cariño especial por las religiosas de su primer *palomarcito*, el convento de San José. ¡Qué belleza, qué sencillez, qué manera de llegar a los lectores!...

Así, página a página, se nos describe en primera persona los años de la infancia y juventud de la niña y de la adolescente Teresa, una etapa en la que estuvo rodeada del cariño de los suyos, absorta en la naturaleza y el contacto con los libros, leyendo las vidas de santos, aunque lo que más le gustaba era la lectura de los libros de caballería.

Después de su paso por el monasterio de Santa María de Gracia su primera gran aventura comenzó en la Encarnación de Ávila, pues aquella joven algo rebelde se fue convirtiendo y acercándose a las cimas de la santidad y de la vida mística. Y sucedió el milagro: corría el año 1562, y el 24 de agosto, fiesta de San Bartolomé, de madrugada, una campana agujereada anunciaba la erección de una casa, de un convento: la reforma del Carmelo Descalzo estaba en marcha.

Luego, montada en una carreta y aguantando soles y fríos se lanzó por esos mundos de Dios, y en diecisiete localidades españolas fundó conventos, dejando en todos ellos el sello de su espiritualidad: son las *Huellas de Teresa de Ávila*.

Aquella su primera explosión en San José de Ávila se ha expandido por los siglos, y ahora se ha encendido un poco más, si cabe, con este libro, que revive el estilo y la frescura de la Santa de hace cinco siglos.

En el dintel de la puerta de nuestros corazones, Teresa ha grabado para siempre con letras capitulares de oro y grana el anagrama perenne de su vida y de su obra en el V Centenario de su Nacimiento. Teresa de Jesús nunca muere, vive y revive en el convento de las Madres, su primer palomarcito guarda como un tesoro entre sus muros el encanto, la sencillez, el ambiente de recogimiento, el recuerdo más humano y el espíritu más puro de la madre Teresa. Gracias, queridas amigas, por este regalo incomparable. «La esencia se ha guardado», como siempre, «en un frasco muy pequeño». Que su fragancia perfume todas nuestras vidas.

Agustín González González
Presidente de la Diputación de Ávila



*Convento de la Santa.
Casa natal de Santa Teresa.*

Fue de madrugada. Seguramente hacía frío en aquel despertar de primavera que en mi tierra de Ávila nunca suele ser muy templado. A mi padre, don Alonso Sánchez de Cepeda –*el toledano*, le llamaban- le gustaba tomar nota de los nacimientos de sus hijos. El mio lo consignó de esta manera: “En miércoles veinte y ocho días del mes de marzo de quinientos y quince años nació Teresa, mi hija... casi amaneciendo”. Mi madre se llamaba Beatriz de Ahumada. Fuimos en total doce hijos. Tres hermanas: María, la mayor, Juana –la benjamina- y yo, que según decían, era la más querida de mi padre. Los varones resultaron con el tiempo ser

unos valientes y gallardos caballeros, que se lanzaron a la difícil aventura de la conquista de América. Algunos llegaron a ocupar puestos de relieve por aquellas tierras: Hernando, el pionero, llegó a ser regidor de la villa de Pasto, en el Perú; Rodrigo, mi compañero de infancia y con quien mejor me entendía, murió luchando contra los araucanos; Lorenzo, el buen Lorenzo que tan vinculado permaneció a mi durante mi vida de fundadora, hizo buena fortuna en Quito; Agustín, el más joven, se unió a la expedición de Pedro de la Gasca y fue uno de los conquistadores de Chile... Pero, como suelo decir en mis escritos, "harto me he divertido" y casi pierdo el hilo de mi narración. Volvamos a mi infancia.

Los años de mi infancia y juventud

Mi padre, don Alonso, había adquirido una antigua ceca en Ávila que por eso mismo era llamada la *Casa de la Moneda*. También mi madre tenía ciertas posesiones en una aldea de la provincia llamada Gotarrendura: un palacete, un palomar y algunas tierras. Pertenecíamos a la parroquia de San Juan, donde fui bautizada. Frecuentábamos también el monasterio de Santo Tomás, de padres dominicos. Huelga decir que los primeros años de mi vida fueron felices, rodeados del cariño y del buen ejemplo de los míos. Siempre fui muy amiga de la naturaleza: "Aprovechábame ver campo, o agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador"¹. Pronto

1 *Vida* 9, 5.

se despertó en mí la afición por el ajedrez, la equitación y la lectura. En casa había una buena biblioteca: mi padre prefería las obras de Cicerón, de Virgilio o de Séneca. Pero mi madre, doña Beatriz, tenía más inclinación por las novelas de caballerías, como *Amadis de Gaula* o *Lisuarte de Grecia*. El caso es que yo, chiquitina todavía, no podía acceder a esos grandes volúmenes que leían los mayores y me conformaba con las vidas de santos que compartía con mi buen hermano Rodrigo. Todavía recuerdo cómo nos impresionaba pensar en la eternidad del Cielo y del Infierno. Nos decíamos el uno al otro: “¡Para siempre, siempre, siempre!”². Un día se nos ocurrió escaparnos de casa para ir en busca del martirio (¡ah, qué tiempos aquellos!) hasta que mi buen tío don Francisco Álvarez de Cepeda nos detuvo junto a los Cuatro Postes.



Cuatro Postes (Ávila)

Jugaba en el huerto de casa con otras niñas a hacer ermitas y pequeños monasterios con piedrecillas que se caían al primer soplo de aire... En fin, a veces me mueve a devoción y un poco de nostalgia ver cómo el Señor (**Su Majestad**, me gusta llamarle así) me iba poniendo poco a poco en el *camino de la verdad*.³

No se piense, sin embargo, que esto se mantuvo siempre así. Era yo una adolescente cuando falleció mi madre. Es de suponer el profundo vacío que supuso en casa su desaparición. Aquellas grandes habitaciones, adornadas de tapices de Flandes, lanzas, broqueles y cintos de oro parecían haberse quedado sin alma. El pozo y la noria sonaban como un lamento triste. Ya no se oía el dulce corretear de los hermanos menores por los pasillos del viejo caserón... Yo me fui a llorar mi desamparo a una ermita donde se veneraba desde antiguo una imagen de la Virgen, pequeña y muy hermosa: la *Virgen de la Caridad*. Le pedí que fuese ella mi madre⁴. La Virgen no olvidó mi oración, pero yo sí me olvidé por algún tiempo de aquel dulce pacto.

A mis catorce años yo era –según decían y a mí me agradaba oírlo– discreta, bien parecida y de buen entendimiento. Con el atractivo propio de mi edad y rodeada de parientes que aplaudían mis cualidades, puede suponerse cómo empezó a crecer mi vanidad. Me gustaban los vestidos, los perfumes; cuidaba mi imagen con verdadero mimo. Tenía justillos de terciopelo, cofias recamadas y chapines adornados con hilo de

3 Id.

4 *Vida* 1, 7.

plata. Empecé a leer los libros de caballerías que tanto agradaban a mi madre y tan poco a mi padre. Al morir ella y casarse mi hermana mayor, yo quedé prácticamente al frente del hogar. Se me concedía amplia libertad y mucha confianza. Aprendí a gobernar la casa, a llevar las cuentas, a dar órdenes a las criadas. Todo esto, unido al cariño y admiración que me tenían mis primos y amistades, me puso en una situación algo delicada. Por un lado, la autosuficiencia de sentirme mayor y además, reconocida. Por otro lado, el galanteo de uno de mis primos hizo que mi corazón, joven e inquieto, empezara a alterarse un poco. Mi padre lo notaba, y me seguía con mirada severa y penetrante. Hasta que un día me dio la inesperada sentencia: debía ingresar como colegiala en el monasterio de Santa María de Gracia, de monjas agustinas. Huelga decir que al principio sentí un amargo disgusto. ¿Cómo? ¿Dejar a mi familia, mi libertad, mis comodidades, y sobre todo aquel incipiente amor que ya anidaba en el fondo de mi pecho? Pero con mi padre no había bromas. Estaba decidido y asunto zanjado.

Sin embargo, es aquí donde empieza de verdad esa segunda parte de mi vida que me lanzó hacia horizontes insospechados. Ahora veo que no fue mi padre, ni las monjas de Gracia, ni esto ni aquello... Era Dios que me seguía, era Su divina Majestad que me tendía una mano para ponerme en la verdad, en ésa que yo llamo "la verdad de cuando niña"... En el convento de Gracia mantuve un trato profundo y serio con una religiosa llamada María Briceño, joven, inteligente y muy acogedora. A las alumnas nos enseñaba a rezar (pero a rezar de verdad, pensando en cada palabra, recogiendo

el pensamiento y educando el corazón). Poco a poco me fui entusiasmando con esa manera de tratar con Dios: "Tenía este modo de oración, que, como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí; y hallábame mejor –a mi parecer– de las partes adonde le veía más solo. Parecíame a mí que estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. De estas simplicidades tenía muchas; en especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto: allí era mi acompañarle (...) si podía, deseaba limpiarle aquel penoso sudor; mas acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con Él, porque eran muchos los que me atormentaban"⁵. Como se ve, a mí no se me concedieron excepciones ni Dios me libró de las luchas que padecen todos los mortales. Todo me costaba: la oración, el recogimiento de los sentidos, el poder fijar la atención en lo que estaba meditando... Siempre me ha parecido que mi imaginación es como una loca que va de acá para allá sin poderse detener en ningún sitio. Y, por supuesto, de monja nada. Yo por esa época ni quería ni me atraía ni me pasaba por la mente meterme en un convento. Pero retomemos el hilo de la historia.



*Maria Briceño con Teresa adolescente.
(Agustinas de Gracia)*



*Teresa adolescente discerniendo su vocación
(P. Bolek Jakubczyk)*

En Santa María de Gracia estuve muy contenta, pero mi salud se resintió. Mi padre, que me quería con locura, hizo todo lo que estuvo en su mano para recuperarme. Fuimos a casa de mi hermana María, en Castellanos de la Cañada, y de paso nos acercamos a Hortigosa, a ver a mi tío don Pedro de Cepeda, hermano de mi padre. Nunca sospeché que al atravesar aquella puerta dovelada, sobre la cual campeaba el escudo en piedra de los Águilas, mi vida daría un vuelco total. Mi tío era un santo y de hecho acabó de fraile. Pero lo que más le agradezco es que fue él quien me ayudó a descubrir la semilla de la vocación. Me dio algunas lecturas espirituales, me pedía incluso que se las leyera en voz alta. “Hija –me decía- léeme de esos libros en romance, que lees muy bien y me agrada oírte”. Lo que

él buscaba era despertar en mí la voz de Dios. Hubo uno, las *Epístolas de San Jerónimo*, que me puso fuego en el alma. Las palabras ardientes del anciano dálmata me empujaron definitivamente a dejarlo todo.



San Jerónimo (San José de Ávila)

Ya sabía yo que a mi padre le iba a costar una muerte dejarme entrar monja. “No en mis días”⁶ – fue lo más que pude escuchar de sus labios. Procuré que algunas personas le hablasen, le convenciesen... Inútil.

6 Cfr. *Vida* 3, 7.

Así que opté por la fuga. Muy de mañana —era día de Ánimas de 1535— acompañada de uno de mis hermanos, llamé a las puertas de La Encarnación, aquel grande y prestigioso monasterio de carmelitas de la Antigua Observancia que todos conocían bien en Ávila. Que, ¿por qué a La Encarnación? Tenía allí una amiga, Juana Suárez, y algunas de las monjas eran parientes o conocidas de mi familia. Era una comunidad numerosa (casi doscientas), alegre; mantenía buenas relaciones con la mejor sociedad de Ávila y gozaba de gran prestigio en la Orden. Las agustinas de Gracia me parecían excelentes pero el caso es que de momento La Encarnación se me antojaba el sitio ideal para realizar mi consagración a Dios. No sabía que me esperaba en él una ardua batalla de veintisiete años y muchas sorpresas más.

En La Encarnación de Ávila

Los primeros años de mi vida religiosa fueron felices, apasionantes, pero marcados por una cruz que me acompañaría toda la vida: la enfermedad. Bueno, voy más despacio. Mi padre, a pesar de su inicial resistencia, acabó aceptando mi vocación. En los días grandes de mi toma de hábito y profesión estuvo espléndido con la comunidad: nos regaló tocas nuevas, velas de cera y hasta veinticinco fanegas de pan. Aún recuerdo su expresión de ternura emocionada cuando me vio ante la reja del coro con el velo y la corona. Ya era toda una monja, y además una monja feliz, encantada de serlo.

¿Quién lo iba a decir? Aquella Teresa adolescente, inquieta, pizpireta y algo rebelde ahora parecía otra, los ojos bajos, la sonrisa humilde y sobre todo aquellos hábitos austeros aunque elegantes de carmelita calzada.



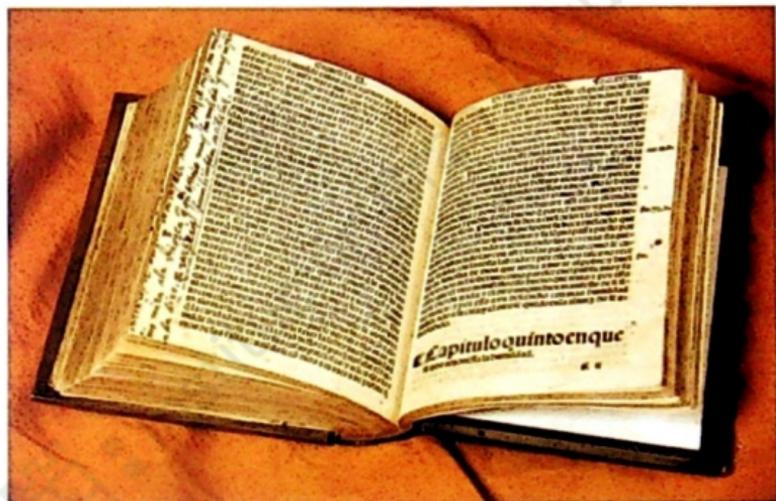
*Monasterio de la Encarnación
(Don Nicolás González)*

Pero mi padre, que bien me conocía, se daba cuenta de que yo no estaba del todo bien. Me veía palidecer; cada vez que me visitaba me encontraba desmejorada. Yo pensaba que, tal vez el cambio de vida, las comidas tan diferentes... Preguntó a las religiosas. Unas decían que no era para tanto; otras, como me veían llorar a veces, creían que quizá no estaba contenta. Al fin, mi padre presionó de tal manera que me permitieron salir a cuidarme. Yo llevaba sólo tres años en el monasterio y no había cumplido aún los veinticuatro de edad.

Me llevaron, como en otra ocasión, a casa de mi hermana María de Cepeda en Castellanos. Y pasé de nuevo por el pueblecito de Hortigosa, donde mi tío don Pedro me dejó otro libro que me ayudó muchísimo: el *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna. Cada vez que lo pienso, no tengo palabras para agradecer a aquel buen pariente el bien que me hizo. Este nuevo libro me puso en el verdadero camino de la *oración*. Empecé a tomar gusto por la soledad, el recogimiento... De esta época recuerdo que "traía al mundo debajo de los pies; y había lástima a los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas"⁷. La verdad es que desde los primeros días de mi noviciado, ya el Señor me atraía cada vez con más fuerza y hasta hacía pequeñas locuras por Él... En estos días de mi enfermedad, viví una experiencia fuerte, que nunca olvidaría: Dios me permitió ser instrumento para la conversión de un sacerdote. La cosa sucedió de este modo: al llegar la primavera, nos acercamos a Becedas, donde una curandera me estuvo tratando con ciertos remedios que no dieron el resultado apetecido. Yo procuraba no descuidar mis obligaciones del alma y acudía a la iglesia más cercana a oír misa y confesar. El clérigo que me confesaba, como me veía tan jovencilla y fervorosa, sintió la necesidad de abrirse conmigo y me contó su vida desgarrada: vivía con una mujer, la cual le había entregado un idolo de cobre. Al principio sentí algo de miedo y de turbación, pero no perdí la cabeza. Era un asunto delicado y todo se condujo por el mejor camino. Busqué informes, le ayudé lo que mejor supe y el pobre

7 *Vida* 4, 7.

cura se avino a entregarme el idolillo donde le habían echado no sé qué hechizos que lo tenían como preso. Fue algo emocionante. Él empezó a salir de su esclavitud y a llorar su desgracia. Se sentía otro hombre. Esta experiencia me marcó para toda la vida, pues comprendí hasta qué punto la intercesión de un alma consagrada puede ayudar no sólo a un pecador cualquiera, sino a un ministro del Señor, que también ellos están necesitados de ayuda, más de lo que se piensa.



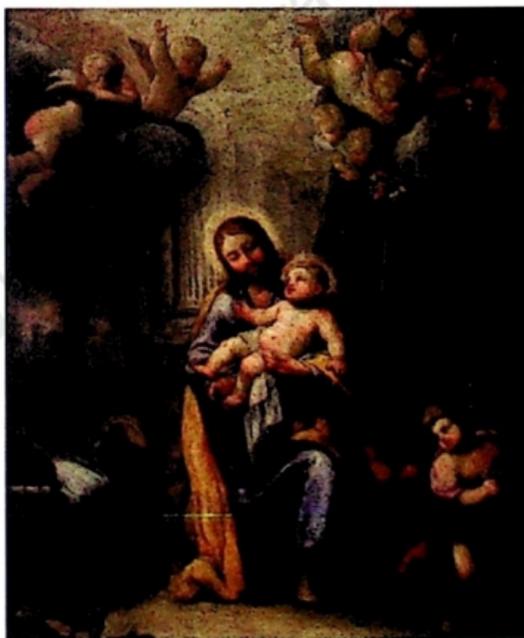
Tercer Abecedario (San José, Ávila)

Harto me voy deteniendo, y aún queda mucho que contar. Volví a La Encarnación, más muerta que viva. Tan mal estaba y tan poco eficaces habían sido las curas de Becedas, que caí en coma durante tres días. Mi padre no se hacía a la idea de que su hija más amada iba a morir en plena juventud. "Esta hija no está para

enterrar"- sollozaba, mientras caminaba de un lado a otro por el gran pasillo de casa. No se equivocó. Desperté balbuceando palabras misteriosas. Algunos me oyeron decir que "había de fundar monasterios, y que había de morir santa, y que habían de cubrir mi cuerpo después de muerto con un paño rico". Yo sólo sé que quedé tan descoyuntada y tan mal parada que por un tiempo largo no pude moverme sin ayuda. Un año paralítica y tres tullida. Estaba tan triste y tan angustiada, que no encontré mejor remedio que la oración. En ella tenía toda mi fuerza y mi consuelo. Le pedí al glorioso San José, de quien siempre fui muy devota, que me ayudara. Que, por favor, me sanara. Y ciertamente lo hizo, aunque sin quitarme del todo los dolores y limitaciones que me han acompañado toda la vida.

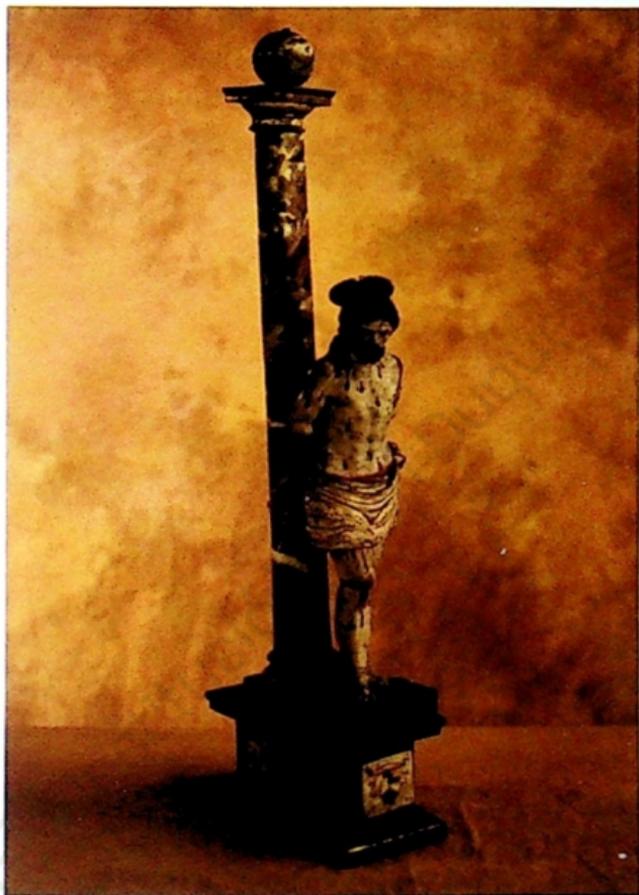
Llegada a este punto, debo confesar que aquí empieza la gran paradoja de mi vida. ¿Cómo es posible que después de tanto sufrimiento, de tanta oración, de ver incluso la muerte tan cerca, comenzara un camino de disipación y relajamiento que por poco me pone en el resbaladero? Creo que aquí me sucedió algo parecido a lo que viví en los años de mi adolescencia. Entonces, la muerte de mi madre me llevó a acogerme a la Virgen Santísima, pero pudo más la tentación de refugiarme en los afectos humanos. Después de mi enfermedad, en vez de volcarme en Dios con toda mi alma, empecé a hacer algo de lo que siempre me arrepentiría: exhibir las gracias recibidas. La gente me solicitaba de continuo en el locutorio; el milagro de mi curación me hizo famosa y sobre todo la buena opinión que todos tenían de mí me preparó un cerco del que no supe salir en mucho

tiempo. “Qué bien habla doña Teresa, qué consejos más discretos, qué a gusto nos sentimos con ella...” Así se corrió la voz y eran tantos los que venían a verme que casi no tenía tiempo para rezar. Además, el aluvión de amistades y admiradores me venía en avalancha a la imaginación a todas horas, de manera que no lograba recogerme en Dios, como en otro tiempo. Veía que mi vida interior iba aflojando, que yo no era leal a Cristo, que perdía gusto y facilidad para las cosas espirituales... Y lo que es más triste: llegué a abandonar la oración casi del todo, al menos por un año. Era tan violenta la lucha al principio, y luego tanta la tibieza, que no sé cómo salí viva del combate.



San José con el Niño. (San José. Ávila)

En este preciso momento, debo aclarar un dato. Mi conversión no fue lo que se dice un golpe repentino ni una caída del caballo a lo san Pablo. Mi conversión, esa conversión que me llevaría a las cimas de la santidad y de la vida mística, fue un camino lento, laborioso, trabajoso. Pero hubo un punto de partida en el que pocos han reflexionado. Fue la muerte de mi padre. Yo estaba allí, a su cabecera, por la Navidad de 1543. Y también estaba un fraile dominico, viejo amigo de la familia: fray Vicente Barrón. Aprovechando aquella estancia en casa de los míos, me confesé con él. Y él, que me conocía desde joven, se dio cuenta de todo. Me dijo que de ninguna manera dejase la oración. Que confesase y comulgase con frecuencia, a poder ser de quince a quince días. Y el remedio me resultó eficaz. Por lo demás, Su Majestad me salía al encuentro a cada paso. Una vez, estando con mis amistades en el locutorio, vi saltar desde un rincón un sapo extrañísimo, que me dejó toda impresionada. Otras veces, era el propio Cristo quien se me aparecía todo llagado como le pintan durante su pasión, y me reprendía de mis ligerezas y olvidos. Pero la vez que me sentí más tocada fue un día que, entrando en mi celda, me encontré una imagen del *Ecce Homo* que habían dejado allí sin avisarme. Me conmovió de tal manera y lloré tanto al ver lo que Él había sufrido por mí, que no hacía sino suplicarle que me fortaleciese para no ofenderle más.



Ecce Homo. Conversión de Santa Teresa (San José. Ávila)

Desde ahí los acontecimientos se precipitaron. Yo sentía cada vez más gusto y alegría en las cosas de Dios, buscaba con avaricia tiempo y soledad para dedicarme a las cosas del alma... Dios puso en mi camino un grupo excepcional de gente devota y bien preparada que me

ayudaron a sacar el máximo provecho de mi nueva situación. El único problema es que Dios me llevaba por caminos poco usados, y no todos me entendían bien. Me explico. Hubo un clérigo (Gaspar Daza) y un seglar algo pariente mío (Francisco de Salcedo) que me empezaron a aconsejar espiritualmente. La verdad es que, sobre todo al principio, estuvieron algo duros y secos con esta pobre monja que todavía no sabía por dónde andaba. Al principio, llegaron a decirme que mis sentimientos y vivencias espirituales eran cosa del demonio. Vaya por Dios, yo que estaba tan asustada y el dictamen que me dieron fue como una pedrada en la frente. Pero pronto aparecieron en mi horizonte, y de forma providencial, los padres jesuitas del colegio de San Gil, llegados hacia poco a Ávila. Cetina, Prádanos, el propio Francisco de Borja, antiguo duque de Gandía... todos ellos coincidieron en decirme que adelante, que no temiese, que todo era obra de Dios. Y me empezaron a exigir más: que apretase en la penitencia, negase mi voluntad, y fuese muy humilde y obediente a todo lo que se me indicase. Pero las gracias interiores crecían, Dios se volcaba conmigo haciéndome ver el Cielo y el Infierno, me mostraba los males de la Iglesia y la perdición de las almas para pedirme sin duda una entrega mayor... Algunas veces "veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal (...) Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas... y

me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios¹⁸. Es una merced sobrenatural que los teólogos llaman *transverberación*.



*Transverberación de Santa Teresa
(San José, Avila)*

En esta época me confesaba el padre Baltasar Álvarez, un santo de cuerpo entero pero demasiado joven para abarcar tanta experiencia mística. Yo temblaba, él dudaba, mucha gente me tenía por embaucadora y posesa, llegaron a amenazarme con la Inquisición o con someterme a los exorcismos... Yo estaba metida en un túnel, el más oscuro de mi vida, del que no sabía salir. Pero es claro que Dios quería algo de mí, y yo aún no sabía qué.

San José de Ávila

Lo que sucedió a partir de ahora es una historia más del Cielo que de la tierra. Lo diré con las mismas palabras que dejé escritas entonces, porque no se puede contar de otra manera: "Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase **San José**, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor"⁹. La idea de hacer un convento nuevo, de más estrecha observancia, ya estaba presente en mí hacía tiempo. Una noche, estando en mi celda conversando con mis amigas (doña Guiomar de Ulloa -una piadosa viuda que me ayudaba mucho-; Juana Suárez, varias sobrinas mías...) habíamos tratado de ello, medio en serio medio en broma. La visión del Infierno también me dejó tocada, pues comprendí que para salvar almas era necesaria más generosidad, más apartamiento de todo. Mas, ¿cómo llevar adelante el proyecto? Todos se burlarían de mí.

9 *Vida* 32, 11.



Monasterio de San José

No estaba equivocada. La noticia de la fundación fue en Ávila como el estallido de una bomba. Unos a favor, otros en contra... El principal adalid de la causa fue, por qué no decirlo, aquel austerísimo franciscano que todos conocían por Pedro de Alcántara. Él me comprendió hasta el fondo, me consoló, habló con el señor obispo —era don Álvaro de Mendoza— me aconsejó hasta en los aspectos materiales de la casa. El provincial de los carmelitas no quiso saber nada. Mi buena amiga Guiomar y varios miembros de mi familia me ayudaron económicamente. El P. Baltasar Álvarez estaba desorientado: hoy aprobaba y mañana condenaba. En fin, una historia larga de contar pero fuerte de vivir. Al final, medio clandestinamente, se logró fijar la fecha de la inauguración: 24 de agosto de

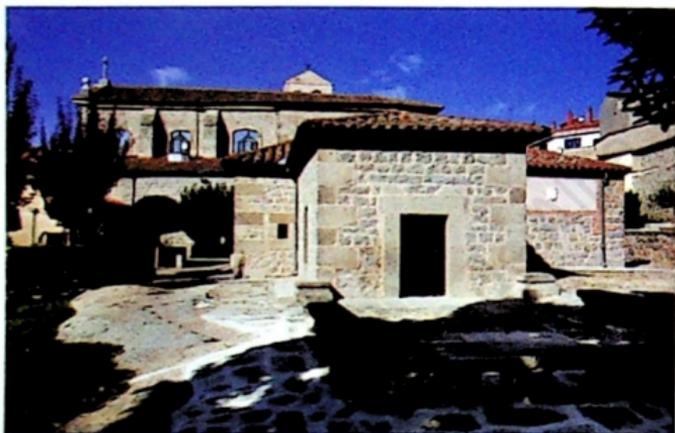
1562, fiesta del apóstol san Bartolomé. De madrugada, una campana agujereada anunciaba la erección de la casa. El maestro Daza celebró la misa y dio el hábito a las cuatro primeras novicias. Parece que fue ayer, y ha pasado tanto desde entonces...



Sepulchro de Don Álvaro de Mendoza. (San José de Ávila.

Que, ¿qué pasó después? Como si se me viniese encima algo superior a mis fuerzas, se desencadenaron toda una serie de acontecimientos que aún no puedo explicarlos. El provincial –padre Ángel de Salazar- y las monjas de La Encarnación se molestaron muchísimo. Qué revuelo se organizó. “Que doña Teresa vuelva a casa y dé descuento de lo que ha hecho”. La ciudad entera se alborotó como si hubieran prendido un fuego. Todos contra mí. ¿Todos? No, aún me quedaba un grupo de amigos fieles. El capellán de la nueva comunidad – Julián de Ávila- se movió todo lo que pudo, así como su amigo Daza. El obispo, antes contrario, ya estaba de mi lado. A veces decía con gracia: “Voto a mi vida, que yo no entiendo a la madre; mas créola, porque siempre se efectúa lo que comienza”.

Mis novicias (Úrsula de los Santos, Antonia del Espíritu Santo, María de la Cruz y María de San José) permanecían en San José, firmes como una roca, esperando mi retorno. Incluso en esos días surgió un nuevo amigo: Domingo Báñez, afamado predicador y teólogo dominico, que habló al concejo de la ciudad con tales acentos de convicción, que casi se doblegaron a su parecer y poco a poco nos dejaron en paz. El caso es que, a los pocos meses, pude volver a mi primer palomarcico a pasar –así lo he dicho muchas veces- los años más descansados de mi vida.



Ermitas del convento de San José.

La visita del Padre Rubeo

A poco de la fundación (unos cinco años) pasó por Ávila el P. Juan Bautista Rubeo, un superior general italiano que deseaba elevar el nivel espiritual de la Orden. Le encantó nuestra manera de proceder. El estilo de vida carmelitana iniciado en San José de Ávila sería en adelante el de otras muchas comunidades, que él deseaba que fundase, tantas –él me decía– como los cabellos de mi cabeza. Y realmente ha sido así. Los años de las fundaciones fueron largos, densos, fecundos. Ahora me parece un sueño dorado cuando veo el mapa de España poblado de casas de la Virgen...

Algunas fundaciones se establecieron en grandes capitales, como Toledo, Sevilla, Salamanca o Burgos; otras en lugares más pequeños, como Malagón, Villanueva de la Jara, Beas de Segura o Pastrana.



Las diecisiete fundaciones de Santa Teresa

Fray Juan de la Cruz

Como siempre, harto me he divertido y he saltado de aquí para allá dejándome tantas cosas en el tintero. Quiero nombrar a un personaje importantísimo en mi vida y en toda la historia de la Reforma: Juan de la Cruz. ¿Cómo nos conocimos? Estando en Medina, mi primera aventura fundacional fuera de Ávila, me le presentaron. Hablamos largo y tendido. Era joven, muy espiritual y se le veía inquieto, como desasosegado, no parecía estar en su sitio. Yo le tiré de la lengua y vi que no le llenaba la vida del Carmen mitigado. Estaba pensando incluso pasarse a la Cartuja. Yo le dije que, si es que buscaba perfección y santidad, nada mejor que en su propia Orden pero vivida con más rigor. Y le ofrecí mi proyecto. Gloria a Dios, que aceptó. Yo intuí desde el primer día que él era el sujeto ideal para empezar la descalcez entre los varones. El hombre ideal

para maestro espiritual de mis hijas. Y acerté. El 28 de noviembre de 1568 fundamos en un lugarcillo de la provincia de Ávila llamado Duruelo una casa de frailes carmelitas según la primitiva Regla. De prior estaba el padre Antonio de Jesús, un poco mayor y con algunos resabios, pero muy fervoroso e ilusionado. Un diácono, José de Cristo. Y mi fray Juan de la Cruz. Después seguirán otras casas de frailes, pero eso ya entra en una historia más amplia, así como el devenir del nuevo Carmelo, al que no le faltaron ataques de dentro y de fuera, luchas, dificultades...



*San Juan de la Cruz, Grabado.
(San José de Ávila)*

Hubo una etapa de intenso contacto espiritual entre fray Juan y yo. Me llamaron de priora a La Encarnación en un momento difícil. La comunidad estaba pasando una fuerte crisis, incluso en lo material se venía abajo. Hacía falta una cabeza lúcida y parece que los superiores pensaron en mí. Quizá quisieron hacerme una distinción, pero la verdad es que el recibimiento no fue nada triunfal. Hubo protestas, gritos... en fin, costó calmar a aquel inmenso grupo de religiosas alborotadas porque les habían impuesto una priora contra su voluntad. Pero la Virgen de la Clemencia y mi padre San José solucionaron aquella situación delicada. Y mi padre Juan de la Cruz. Él vino como vicario y confesor de la comunidad, apoyando mi obra y siendo el mejor aliado de mi gobierno en aquella casa. Su labor prudente y pacientísima unida a mi esfuerzo coronaron aquella misión tan especial. Hubo más. El 18 de noviembre de 1572 fray Juan fue testigo de una de las mayores mercedes que Dios me otorgó a lo largo de mi vida: el matrimonio espiritual. Así lo escribí hace años: "Estando en la Encarnación, el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín, estando comulgando, partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz (...). Díjome Su Majestad: *No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí; (...) Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy...*"¹⁰.

10 *Cuentas de Conciencia*, nº 25^a. Ávila, 18 de noviembre de 1572.



*Merced del clavo. Matrimonio espiritual. Grabado.
(San José de Ávila)*

La aventura de las fundaciones

Fueron tantas las aventuras, las gracias recibidas, las personas que Dios puso en mi camino aquellos años apasionantes, que no puedo referirlas todas. Me cansaría y os cansaría, aunque nunca es cansado referir las misericordias de Dios. Sin embargo no me resisto a resumir, siquiera a grandes trazos, algunos de los hechos de más relieve que tuvieron lugar en la época de las *Fundaciones*. Hay paisajes, anécdotas, penas y alegrías que no se borran nunca del corazón. Aquellos años el Señor dispuso que se cruzaran en mi camino las gentes más variopintas en un mosaico tan hermoso como original.



Silla de montar de Santa Teresa (San José de Ávila)

Aquí debo destacar una figura tan leal como amable: el P. Julián de Ávila. Él no fue tan sólo el primer sacerdote que asistió espiritualmente al convento de San José de Ávila, sino mi fiel compañero en varias fundaciones y el simpático cronista de aquellas andanzas. En sus apuntes íntimos escribe: “Yendo yo por escudero y como su capellán, desde aquel día me ofrecí por tal, y lo he sido hasta ahora, y seré hasta la muerte”. Yo también escribí por esos años, casi asustada por la gran responsabilidad que el generalísimo de la Orden había cargado sobre mis hombros: “Vela aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra”¹¹.

¹¹ *Fundaciones* 2, 6.

Ahora, cuando veo las dimensiones de aquella obra entonces incipiente, cuando veo hasta dónde ha llegado esa locura de amor, no puedo sino comentar con mis hijas, extendidas por las cinco partes del mundo: “Si bien lo advertís, veréis que estas casas en parte no las han fundado hombres las más de ellas, sino la mano poderosa de Dios”¹².

Medina del Campo

La primera fundación fue Medina del Campo. Como era la primera vez que salíamos de Ávila y gozábamos del apoyo de los padres jesuitas más algunos otros pocos admiradores, nos tentó la vanidad de querer entrar con cierta pompa y autoridad. Todo salió al revés. La noche que llegamos habían soltado toros por las calles para una corrida al día siguiente. Nos deslizamos por la ciudad entre la prisa y el miedo como gente que va huyendo de la justicia. A decir del P. Julián, que a todo le sacaba su parte cómica: “parecíamos gitanos que habíamos robado alguna iglesia”, ya que llevábamos con nosotros varios cálices y ornamentos para la nueva fundación. La casa que nos habían preparado era una verdadera pena. Medio derruida, poco limpia y bastante desarreglada... Pero no nos desanimamos. Trabajamos de firme toda la noche con una alegría increíble en medio de tanta pobreza. Todo valía la pena con tal de que el Señor tuviera un nuevo sagrario sobre la tierra. Las primeras noches me las pasé velando al Santísimo

12 *Fundaciones* 27, 11.

desde una ventanita, ya que la iglesia estaba casi en la calle. No tardó en aparecer la persona providencial: un mercader, llamado Blas de Medina, que nos ofreció una casa mejor, y allí nos fuimos. Yo iba tomando confianza a mi nuevo papel de fundadora, y este primer entrenamiento me vino muy bien.

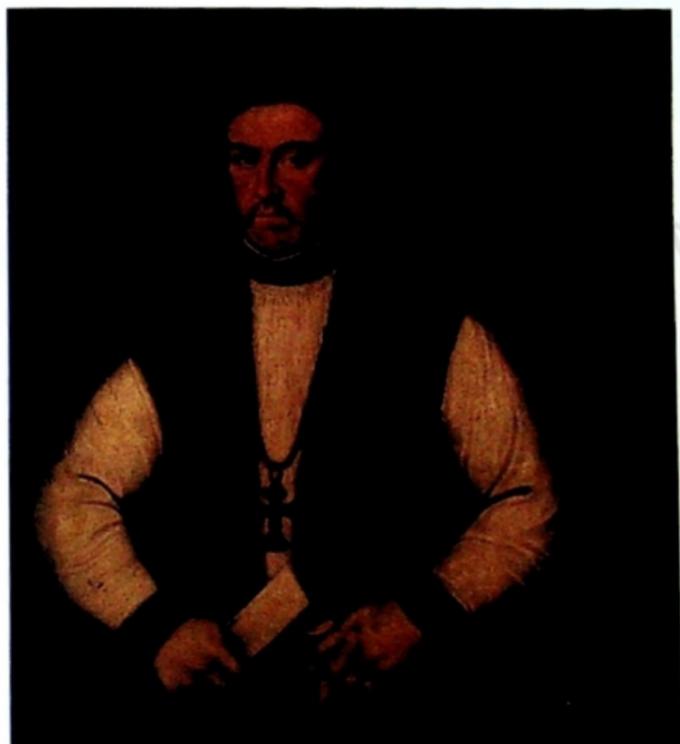
Aquí debo insertar un episodio curioso. Yo diría que fue como mi "presentación en sociedad" ante la Corte de Madrid. Las grandes damas cercanas al Rey me llamaron porque querían conocerme personalmente. Una de ellas, muy virtuosa y noble, llamada doña Leonor de Mascareñas, quería pedirme ayuda para encauzar la fundación de las carmelitas de Alcalá de Henares, un convento que seguía un estilo parecido al de San José de Ávila, pero al que faltaba buen gobierno. Con tal motivo llegué a la capital. Yo creo que aquellas ilustres señoras esperaban de mí algo así como una encendida plática espiritual, tal vez un arrobamiento o que me elevara cuatro palmos del suelo. Por supuesto que no les di ese gusto. Me contenté con hacer este sencillo comentario: "¡Oh, qué bonitas calles tiene Madrid!". Tal vez se quedaron decepcionadas, pero no pareció quedarlo tanto la madre Juana de la Cruz, abadesa de las franciscanas reales, que dijo después a sus monjas: "Bendito sea Dios que nos ha dejado ver una santa a quien todas podemos imitar: habla, duerme y come como nosotras, conversa sin ceremonias y melindres de espíritu".

Malagón y Valladolid

Malagón fue la siguiente etapa. Yo sentía un gozo profundo de poder dar al Señor almas, abrir palomarcicos de la Virgen donde Él fuera más amado, erigir nuevas iglesias. Estando en esta casa, donde fui llamada por mi buena amiga doña Luisa de la Cerda, el Señor me reveló una cosa muy consoladora: "Dijome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa a hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía Él descanso; que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener adónde no le servían"¹³.

Fui llamada luego a Valladolid por una familia muy querida para mí: los Mendoza. Ya conocemos a mi buen amigo el obispo don Álvaro, pero debo presentaros a sus hermanos doña María y don Bernardino. Una respetable señora y un joven bastante divertido. Este último murió casi al tiempo de fundarse el convento, y tuve una revelación particular de que se había salvado, digámoslo así, por los pelos, gracias a su contribución al nuevo carmelo.

13 *Cuentas de Conciencia* nº 64. Malagón, febrero de 1570.



Don Álvaro de Mendoza. (San José de Ávila)

Yo me iba dando cuenta poco a poco de que estas casas no eran únicamente oasis de oración para nosotras, las monjas descalzas. Lugares, en fin, para servir a Dios en silencio y clausura. Su repercusión social y eclesial era enorme, más de lo que yo me hubiera imaginado. En torno a ellos se formaban verdaderas familias espirituales. Comprendí que la obra era tan de Dios que la oración y el sacrificio oculto de estas almas llegaba a toda la Iglesia, a todo el mundo. Que era verdad lo de la “estrella que daría de sí gran resplandor”.

Toledo y Pastrana

Siguieron Toledo y Pastrana. Dos lugares con proyecciones muy distintas. A Toledo arribamos Isabel de San Pablo, Isabel de Santo Domingo y yo. Totalmente confiadas en la providencia de Dios y en suma pobreza. No teníamos nada de nada. Incluso experimentamos cierto desprecio y abandono por parte de bienhechores y amigos que antes nos habían favorecido. Un dominico conocido del P. Domingo Báñez, -este último muy amigo mío- cuando supo que yo estaba allí le comentó casi molesto: “¿Quién es una Teresa de Jesús, que me dicen es mucho vuestra? ¡No hay que fiar de virtud de mujeres!” Báñez no se inmutó. Simplemente le dijo que hiciera lo posible por hablar conmigo. Parece que el buen fraile cambió de opinión, pues sus impresiones finales fueron éstas: “¡Oh! Habíadesme engañado, que decíades que era mujer; a la fe no es sino hombre varón, y de los muy barbados”. Desde luego que me hizo falta temple varonil para superar las pruebas de esta fundación. Pero más todavía para la siguiente. Pastrana fue un capricho de la princesa de Éboli. Unas ganas de su alteza para lucirse ante sus amistades y manejar me a su antojo. Me dio disgustos de todas las clases; el mayor, arrebatarme el *Libro de la vida* que estuvo doce años en la Inquisición. La suerte de estos dos carmelos fue desigual. Toledo, una casa fundada en total pobreza y sin apoyos humanos o económicos, prosperó y se afianzó. De tal modo, que un día encontré a mis compañeras todas mustias y tristes, porque les parecía “que ya no somos pobres”, tantas fueron después las limosnas y

ayudas. En cambio Pastrana, fruto de las veleidades de una dama voluntariosa y autosuficiente, se deshizo en muy poco tiempo. Una noche, guiadas por el fiel Julián de Ávila, las monjas abandonaron aquel lugar con una valentía digna de las mejores novelas de aventuras.

He de hacer aquí una breve reflexión. Las andanzas de mi vida de fundadora me fueron convenciendo de que era necesario dar forma a una obra que ya se revelaba de grandes dimensiones. Esos años estuve muy preocupada por la unidad y armonía entre todos los conventos de carmelitas. Por eso me agotaba escribiendo cartas, acudía con presteza a las casas donde surgían mayores problemas, buscaba los mejores sujetos que podía hallar para gobernar aquellas comunidades aún tiernas y con poca experiencia. Me importaba mucho que las monjas y los frailes estuvieran bien formados en los altos ideales del Carmelo.



Santa Teresa escritora. (San José de Ávila)

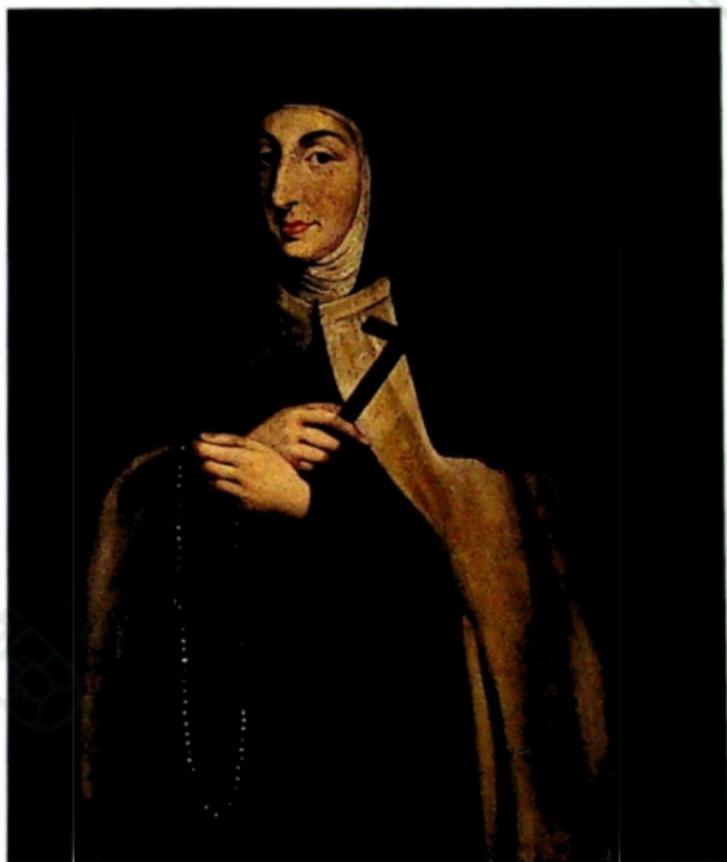
En esos años llenos de agitación pero de muchas compensaciones conocí personas excepcionales: María de Salazar, una joven de Malagón cultísima y encantadora que fue luego priora en Sevilla, fue una de mis monjas de confianza. Nos escribimos mucho y fue la que más cartas mías conservó en su vida. Ana de Jesús, en Salamanca, una pieza única y quizá la religiosa más inteligente y de mayor prudencia que pude hallar, fue la mejor defensora de mi obra cuando, pasados los años, mis leyes y el estilo de vida dado a las carmelitas sufrió diversas agresiones dentro de la propia Orden.

Fui favorecida por leales bienhechores como mi propio hermano Lorenzo de Cepeda; conté con apoyos firmes desde la altura del propio rey de España, traté a muchachos sin oficio ni beneficio como el humilde Alonso de Andrada... Toda una gran familia que se iba consolidando en torno al vetusto tronco del Carmelo renovado y florecido en la descalcez. Era como si España entera se viera sacudida por una misteriosa corriente sobrenatural.

Salamanca, Alba de Tormes y Segovia

Después de fundar en Salamanca, -la ciudad de los estudios por excelencia-, me acerqué a Alba de Tormes, llamada por doña Teresa de Layz y su marido don Francisco Velázquez. Después fuimos a Segovia con las monjas que habían huido de Pastrana. Castilla se iba poblando de palomarcitos. Luego vendrían las fundaciones de Andalucía, que fueron muy conflictivas.

El P. General, Juan Bautista Rubeo, no quería que fundase allí. Pero diversas circunstancias me obligaron a hacerlo.



*Venerable Ana de Jesús.
(San José de Ávila)*

Las fundaciones andaluzas: Beas y Sevilla

Beas, en la provincia de Jaén, al pie de Sierra Morena, fue una etapa hermosa en mi vida de fundadora. Fui llamada allí por dos hermanas ejemplares, Catalina Godínez y María de Sandoval. Me habían dicho que Beas no era propiamente Andalucía, pues estaba en la misma raya de la región y pertenecía a la Orden militar de Santiago. Su Majestad me quiso preparar allí una agradable sorpresa. En este dulce pueblecito andaluz conocí al hombre providencial para el gobierno de la reforma: fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. He de confesar que sus talentos me deslumbraron y así se lo expresé a una de mis hijas: "Él es cabal en mis ojos, y para nosotras mejor que lo supiéramos pedir a Dios... Perfección con tanta suavidad, yo no la he visto... Por ninguna cosa quisiera dejar de haberle visto y tratado tanto"¹⁴. Me decidí a obedecerle con total rendimiento. Beas dejó en mi alma un recuerdo gratisimo. La bondad de sus gentes, el clima y el paisaje, todo parecía armonizarse para aliviar mi espíritu.

Sevilla, sin embargo, fue un hervidero de problemas. Tal vez uno de los actos de obediencia que más me costó en la vida. Porque si fundé allí fue precisamente por precepto de mi querido P. Gracián, que ya empezaba a hacer uso de su autoridad. En Sevilla nos pasó de todo: el clima era espantoso para mi salud, tuvimos choques con la Inquisición, el arzobispo don Cristóbal de Rojas no quería admitir la fundación, sufrimos una serie de

14 Carta nº 79 (a la M. Inés de Jesús, 12-mayo-1575).

problemas con varias hermanas de la comunidad que demostraron no ser aptas para nuestra vida; el capellán Garcíálvarez, más simple que malicioso, nos traicionó en repetidas ocasiones. Comenzó una persecución terrible de parte de los padres de la Antigua Observancia, vulgarmente llamados “los del paño”, por llevar hábito más finos y profesar la regla mitigada. Algunos descalzos fueron secuestrados y llevados a la cárcel, a mis monjas y a mi nos vilipendiaron de mil maneras...



*Imagen de Santa Teresa.
(San José de Ávila)*

Nadie se extrañe si en mis escritos se me escapan a veces expresiones como éstas: "Oh, qué año he pasado aquí"; "No me entiendo con la gente de el Andalucía"; "He oído siempre decir los demonios tienen más mano allí para tentar"... No os asustéis. A pocas casas quise más en vida que a la de Sevilla, donde tan buenos ratos pasé con mi hermano Lorenzo, recién llegado de América, con mi sobrina *Terecia*, que entró allí monja con nueve años de edad, y sobre todo con la priora María de San José, que era una religiosa excepcional. Pero donde se ha sufrido, parece que el recuerdo queda como nublado y a veces un poco desenfocado. Los andaluces sabrán disculparme.

Las últimas fundaciones:

Villanueva de la Jara, Palencia y Soria

Hubo tres fundaciones, al final de mi vida, que se pueden llamar fáciles, pues me vinieron casi rodadas: Villanueva de la Jara, Palencia y Soria. En ellas fui muy bien acogida y aplaudida por el pueblo. Fueron como un premio, como una compensación a tantos esfuerzos. Todavía recuerdo una escena bellísima, allá en La Jara, que me trasladó a los primeros tiempos del Carmelo: "Está esta casa en un desierto y soledad harto sabrosa. Y como llegamos cerca, salieron los frailes a recibir a su prior con mucho concierto. Como iban descalzos y con sus capas pobres de sayal, hiciéronnos a todas devoción, y a mí me enterneció mucho, pareciéndome estar en aquel florido tiempo de nuestros santos padres.

Parecían en aquel campo unas flores blancas olorosas, y así creo yo lo son a Dios”¹⁵.

Las dos fundaciones donde no estuve:

Caravaca y Granada

Hubo dos fundaciones en que no estuve personalmente, descargando la responsabilidad en otras religiosas: Caravaca de la Cruz y Granada. A la primera envié al P. Julián de Ávila con la M. Ana de San Alberto. A la última, a dos religiosas de San José de Ávila –Antonia del Espíritu Santo y María de Cristoacompañadas del propio P. Juan de la Cruz. Es lógico que esto fuera sucediendo así. La vida pasa, hay que ir entregando el relevo a los que nos van a suceder, hay que desprenderse de las propias acciones. Esto no me dolía en absoluto. Nunca tuve apego a mis obras, hasta el punto de quemar escritos míos por un solo acto de obediencia. Es normal que siendo la obra del Carmelo tan grande, ya me excediese. Al principio yo misma procuraba imprimir ese sello personal, ese *carisma* que Dios me había comunicado. Pero era hora de que otros y otras saliesen a la palestra.

Burgos, la última fundación

El benjamín de las fundaciones fue Burgos. Una fundación que me cogió muy mayor y muy cansada, en medio de un diluvio que parecía el fin del mundo.

15 *Fundaciones* 28, 20.

Una casa con tantas dificultades o más que todas las anteriores. El arzobispo don Cristóbal Vela, por ironía paisano y antiguo vecino mío en Ávila, nos lo hizo pasar muy mal hasta dar la licencia. Don Álvaro de Mendoza se portó aquí como un caballero, logrando ablandar a su compañero en el episcopado con unas cartas de las cuales una iba tan fuerte que no me atreví a entregarla al destinatario. Pero lo que más me dolió en esta fundación fue la ausencia de mi P. Gracián. ¿Qué paso? ¿Se cansó? ¿No tuvo paciencia para acompañarme en medio de tantas contradicciones? Aquí venía bien aquello que yo escribiera hacia tantos años y que entonces me parecía más verdadero que nunca: "¡Oh Señor mío, cómo sois vos el amigo verdadero!... ¡Oh, quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie sino a vos!"¹⁶.



Celda y poyo donde Santa Teresa escribía. (San José de Ávila)

Mis escritos

Sólo quiero añadir dos palabras sobre los libros que me mandaron escribir. De mí se ha dicho, y es verdad, aquello de “doctora”, “escritora”, “una de las mejores plumas del siglo de oro español”... A mí todo eso me suena tan rimbombante que hasta me da risa. Es verdad que a mi padre le gustaba que aprendiéramos a leer, y fue ésta —como la de escribir— una afición que me duró toda la vida. Pero nunca tuve pretensiones de bachillera ni de maestra. Me gustaba más aprender de los demás, hasta el punto de que alguna vez afirmé que jamás había oído sermón tan malo que no le sacara algún provecho. Pero, ¿enseñar yo a los demás? Sin embargo, tuve que ponerme a ello. Y de una forma bien sencilla. Mis primeras páginas fueron como esto que estoy haciendo ahora: contar mi vida, hacer confesión de mi vida. Esto me costó mucho a los principios, pero Su Majestad me decía que la obediencia da fuerzas, y es verdad. Luego, al fundar San José, las hermanas me pedían que les pusiera por escrito mi pensamiento, mis enseñanzas, que les dijera algunas cosas para hacer oración y practicar las virtudes. Como es lógico, quise darles gusto y me puse a ello. Más adelante, los confesores me mandaron hacer la crónica de mis viajes fundacionales; otros me pedían que pusiera por escrito las mercedes místicas que Dios me hacía en la oración... Así fueron surgiendo el *Libro de la Vida*, *Camino de Perfección*, *Fundaciones*, *Moradas*, *Cuentas de Conciencia*, obras a las que se añadirían otras menores, como *Exclamaciones*, *Meditaciones*

sobre los *Cantares*... Otros escritos son leyes que di a mis monjas para ordenar su vida a la luz de la Regla antigua del Carmelo: *Constituciones*, *Visita de Descalzas*... Y, en fin, cientos de *Cartas* que dirigía a los personajes más variados: desde Felipe II a mis



Carta autógrafa de Santa Teresa
(San José de Ávila)

hermanos y parientes; desde obispos y generales a toda clase de religiosos, sacerdotes, seculares, aspirantes a la vida religiosa, y un sinfín de destinatarios cuyos nombres forman también parte de mi propia historia. Dios dispuso en su providencia que algunas manos cariñosas copiaran o conservaran esos escritos, y por eso llegan hasta hoy, muchos de ellos en su texto original, con la propia letra y el mismo papel donde los escribí, cosa que es muy poco frecuente que suceda. Y es que yo debo dar gracias a Dios de que siempre tuve buenos amigos y discípulos.

Mis últimos días

Termino ya, que se hace tarde. Mis últimos días en la tierra fueron fatigosos, es verdad. Vieja y achacosa, yo comprendía que mi final se acercaba. Y comprendía también que mi misión en la tierra estaba concluida. Ya estaba establecido de manera firme el estilo de vida reformada: un carmelita excepcional, Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, gobernaba a descalzos y descalzas con mano paternal y firme: buenas religiosas las había en todas las casas, algunas de mucho valer y muy fieles a mí: Ana de Jesús, María de San José, Catalina de Cristo... pero a mis años la vida te enseña que hay que saber retirarse con humildad. En aquella última etapa permaneció constantemente a mi lado mi fiel enfermera, Ana de San Bartolomé, una pastorcita de Almendral de la Cañada que entró en San José de Ávila como hermana de velo blanco y que me quería de verdad.

Ella dulcificó los disgustillos y humillaciones de las últimas semanas. Y en sus brazos me fui al Cielo la noche del 4 de octubre de 1582. Estaba en Alba de Tormes por obediencia al provincial, P. Antonio de Jesús. Más me hubiera gustado morir en San José de Ávila. Pero Dios me pidió ese último sacrificio, y una vez más, se lo di. En esos momentos, ya no pensaba sino en tratar de amores con el Amado. Recibí la Comunión por última vez, así como la Unción. Pedí perdón a todas las hermanas y murmuré: “Amado mío y Señor mío... ya es tiempo que nos veamos”.

Toda la vida había deseado ese encuentro. Ver ese rostro amado y velado tras la oscuridad de la fe. Y al fin se me concedía. ¿Qué importaba todo lo demás? Una vez más, me vienen a la mente aquellos versos que tantas veces repetí en vida y deseo que vosotros repitáis muchas veces como lema de este Centenario y siempre: “*Vuestra soy, para vos nació, ¿qué mandáis hacer de mí?*”¹⁷.



Muerte de Santa Teresa. (San José de Ávila)

Permitidme, os ruego, una última evocación. Dos lugares –uno de piedra y otro de espíritu- que perpetúan en el tiempo mi memoria y que son como la prolongación en el tiempo de mi alma: me refiero a mi ciudad natal y a la Orden del Carmen.

Ávila fue para mí –y lo sigue siendo- el santuario de mi experiencia más profunda. El lugar feliz de mi infancia y la nostalgia siempre mantenida de retornar. La *ciudad de Dios* que cantó san Agustín en aquellas páginas que leía en mis años de joven religiosa. Un célebre escritor lo dice con palabras que yo misma hubiera firmado con gusto: “Ávila es un diamante... ciudad como el alma castellana; es el castillo interior de las Moradas, donde no cabe crecer sino hacia el cielo. Y el cielo se abre sobre ella como la palma de la mano del Señor”¹⁸. En Ávila todo habla de aquella aventura sobrenatural que me lanzó de aquella capital humilde y no muy conocida al estrellato de una fama inmortal. Que me lanzó, sobre todo, a los brazos del Señor. Cuando, año tras año, el día 15 de octubre, mis conciudadanos me sacan por sus calles vestida de seda y oro, y veo en cada rincón una imagen mía, o bien la fachada de una iglesia o monasterio que yo tantas veces visité; cuando miro el rostro de esas gentes buenas y nobles, pienso: Dios paga todas las deudas, vale la pena sufrir, no es necesario esperar al fin de los tiempos para ver cuán largo es Nuestro Señor en cerrar las llagas, en coronar las luchas, en dar premios a quien apenas lo merece. Si eres de Ávila da gracias a Dios. Si no lo eres o no has

18 Miguel de Unamuno: *Andanzas y visiones españolas*.

venido nunca, ven a conocer este recinto sagrado, esta Jerusalén del teresianismo, este rincón de Dios donde Él quiso comunicar sus secretos de amor a los hombres.

Y, por último, el Carmelo. Esa inmensa familia, llena de vida y calor divino, que no sólo se extiende por todas las latitudes sino que cada vez crece más y más se expande, como si aquella primera explosión de San José de Ávila aún no hubiera cesado. Porque San José es otro milagro permanente de Dios: es la semilla de mostaza, la perla escondida y el tesoro en el campo que dice el evangelio: es una hoguera eterna que sigue manando fuego, que sigue dando santos y que quiera Dios no se apague hasta el fin del mundo. Porque ése es el perenne valor del Carmelo descalzo nacido en Ávila: decir al mundo que es posible vivir el Cielo en la tierra, tener Dios sus delicias con los hijos de los hombres, ser felices *ya*, en este lugar y en este espacio, porque Dios es la razón de ser del corazón humano.

Carmelitas Descalzas
San José de Ávila



a ti otras cosas de su alma conpei
 vna se me jantaba de dicho padre
 vome mas a decir q an gel con febr
 lo ten gaito de algunos de ces se era
 lo q digo por q ya nede se el ke nra
 ne ves bien no se en gnen to de pua
 pu cuando si en puen se co acido
 fao de diencia q me dia a pua de
 y ba te un cho a lo al mo v an se tie
 pu las ma neras q pu diere to pu ane
 to q de di cho to ca a la pua de
 a pedir q pua a q nro
 tra con soluci

no se con ya
 o lo q me ca
 cula y lo
 de lo q de
 mucha
 diga d
 real
 nes
 or
 c
 e



Inst. Gran
 929 Teresa
 (